

## **COSTUMBRES, OFICIOS, FIESTAS Y JUEGOS DE ANTAÑO**

*Se recogen algunos de los aspectos del folklore de nuestra tierra, reproduciendo conversaciones grabadas con aquellos que participaron activamente en los hechos y que conservan, en su memoria, lo que vieron o recuerdan lo que les contaron.*

*Se darán a conocer también escritos y documentos conservados por familias, sociedades, asociaciones, etc..., referentes tanto a ellas como a sus miembros; en el pasado y en el presente.*

### **El tío Benito y la tía Francisca**

Hubo en Ademuz un matrimonio compuesto por el tío Benito y la tía Francisca, que formaban una pareja, en la vida cotidiana, bien avenida y de intachable moralidad.

Pero como siempre sucede que, aunque pequeño, hay un pero en la vida, aquí también lo había.

El tío Benito era un hombre muy trabajador; casi le molestaban los domingos y fiestas. Para él, el ir al café, único esparcimiento que había entonces, no tenía mucho aliciente.

En cambio, a la tía Francisca, aunque muy trabajadora y decente, le gustaba más la broma y las travesuras. Como aquella que se contaba entre las gentes:

El tío Benito y la tía Francisca tenían una hija que vivía con ellos en su casa. El matrimonio dormía en el primer piso; ella, ya mayorcita, en el de más arriba. Por la mañana su madre se cansaba de llamarla, llamarla... y no había manera de que se levantara. Llegó a hartarse tanto de tal escena mañanera, que ideó la manera de levantarla llamándola menos. Así pues, cuando la madre calculaba que ella ya dormía, subía y le ataba una cuerda al pie. Por la mañana tiraba de la cuerda desde abajo y la chica no tenía más remedio que mover. (1)

Pero esto no duró más que tres o cuatro días. Contra una maña, otra.

Una noche se hizo la dormida mientras su madre le ataba la cuerda al pie. Pero cuando la otra se bajó a su cama, ella desató con cuidado la cuerda y la ató al asa de una lata de petróleo vacía que colocó al final de la escalera. Por la mañana, al tirar la madre de la cuerda bajó la lata dando trompicones

---

(1) Obsérvese el sentido de *mover* que indica la primera acción que se realiza al comenzar el día (ponerse en movimiento). Cuando se va de viaje adquiere también ese sentido, pero referido a esa otra acción importante. Decir: *Mañana a las 6 movemos*, significa que saldremos o partiremos a las 6.

A pesar de que el DRAE lo da como vocablo en desuso, en el Rincón todavía se oye y... se escribe.

con gran ruido toda la escalera. El susto que se pegó fue tal, que ya no le quedaron ganas de repetir el intento. Mientras, la hija, arriba, se moría de risa.

Pero lo mejor de la tía Francisca fue lo de un año en Carnaval.

El tío Benito –que había sido muchos años guarda de campo– no sé si por aprovechar uno de aquellos días locos o por no tener ganas de fiesta, cogió su burro y se fue a labrar a los Molares. No con el visto bueno de la tía Francisca, claro. Entonces ella puso en marcha otra de sus ocurrencias: Cogió la careta en la mano y a los Molares que se fue, seis o siete kilómetros cuesta arriba y con mal camino. Cuando llegó allí, el tío Benito estaba labrando.

Ella, escondida detrás de las paredes, empezó a exclamar con voz de máscara:

–¡Pero Benito! ¿Qué haces? ¿Carnaval y tú aquí solo y labrando? Pos qué bien le habrá venío a la Francisca. ¡Con lo que es ella! Seguro que te la está pegando con algún otro! ¡Ay, tonto; parece mentira que no la conozgas! ¡Con lo que es ella!

Y así todo el rato, hasta que el tío Benito, aburrido, paró de labrar y se puso a desenganchar el burro.

En cuanto ella vio aquello, escapó corriendo camino abajo. Cuando llegó a su casa cogió una silla, se sentó en su puerta y se puso a esperar...

Cuando llegó el tío Benito, ella, con cara de asustada, empezó a decirle:

–¡Ay, Benito! ¿Qué te ha pasao? ¿Has terminao tan pronto, o es que te has puesto malo? ¡Ya te decía yo que no te fueras a labrar en estos días! ¡Lo ves! No me he equivocado. Otra vez ya me harás más caso.

¡¡Buenas personas el tío Benito y la tía Francisca!!

\* \* \* \* \*

### Nuestro viaje de bodas

Nos casamos el día 10 de junio de 1939, casi recién terminada la guerra civil. Estaba próxima la cosecha y por tanto era tiempo de mucha faena en el campo; la siega nos estaba esperando. Como no teníamos dinero, no nos costó mucho resignarnos a pasar nuestra luna de miel en casa.

Para que estrenáramos cama, nos prestó mi madre la suya. Pero bueno, esto no constituyó ningún trauma, pues los novios, cuando llega su día, también se vuelven poco exigentes: a todo se conforman. Aunque, después, va pasando el tiempo y poco a poco y ante nuestra pasividad, la mujer va ocupando terreno hasta que, a lo que te das cuenta, ya comes con gusto lo que te guisa y así te va metiendo en sus gustos y costumbres, hasta que se hace irreversible. ¿Pero no tendrán razón?

Los primeros días, pues, los dedicamos a hacer nuestra siega: poca cosa, lo que daba para un par de parvas. Y ya terminada esta faena nuestra, dispusimos el viaje. Elegimos un paraje extraordinario con aguas frescas, limpias y sin

cloro, unos aires limpios y puros y una casa grande con cocina de carbón. Se llama el "Cerrellar", situado a unos 750 metros de altura. Como hobby teníamos, para entretenernos, 25 o 30 yugadas (1) de trigo y centeno por segar. Íbamos en el tajo mi suegro, mis cuñadas (Joaquina, Juliana) y también mi mujer. La abuela (2) nos subía la comida. A mí, como no se me daba muy bien la zoqueta (3) me pusieron a atar las gavillas que ellos iban segando. Y así, uno tras otro, pasamos ocho deliciosos días.

El albergue era el pajar, bastante grande, con ya no mucha paja; el suelo estaba duro, se oían más los chillidos de los ratones que los de los somieres en la "cama", ya que ésta no hacía ruido, porque dormíamos en el suelo sobre la escasa paja.

Terminada esta segunda siega para el suegro, nos bajamos a nuestra casa de Ademuz y después de atender nuestra trilla y riegos, me mandan razón (4) de que subiera otra vez al "Cerrellar", porque había que regar la era que estaba junto al pajar.

Por aquellos días me habían regalado un perrico joven, que ya se subió conmigo. El abuelo tenía una perra galga -él era un poco cazador furtivo- con un cachorro de 50 o 60 días. Al subir yo a El Val (5) me dicen que a la perra la habían encontrado muerta y que al cachorro lo habían dejado encerrado en el pajar del "Cerrellar". Entonces, con las cosas necesarias, subimos camino arriba hasta que llegamos al pajar. El perro, que estaba dentro, nos recibió con unos aullidos fuertes que al abuelo le sonaban a perro valiente, pero que a mí me dieron mala espina... Nada más abrir la puerta salió disparado, se arrojó sobre mi perrico y se enzarzaron en una riña violenta.

Al fijar mi atención y hacer alguna prueba con él, se me enganchó (6) en un dedo de la mano. Al momento vi que le salía un hilo de baba, lo que confirmó mi sospecha: el cachorro estaba rabioso.

El abuelo, asustado, lo cogió y, metido en un saco, se fue con él al veterinario; con tan mala suerte, que éste se hallaba de viaje. Yo traté de dejarlo en casa, atado en alto para que no pudiera marcharse. Le puse un plato con leche y unos trocicos de jamón y me fui a llamar a don Tomás, mi médico de cabecera. Se vino conmigo y, justo delante de nosotros, le dio un ataque: caído

---

(1) **yugada**: "Espacio de tierra de labor que puede arar una yunta (par de bueyes, mulos, burros, etc.) en un día. (DRAE)

(2) En el habla ademucera *abuelo*, *a* equivale *suegro*, *a*.

(3) Especie de guante curvo y puntiagudo de madera que el segador se coloca en la mano izquierda y en el que introduce los dedos meñique, anular y medio para evitar herirlos con la hoz.

(4) **mandar razón**: avisar, mandar aviso, informar.

(5) El Val de la Sabina, aldea de Ademuz.

(6) **engancharse**. Aquí en el sentido de quedar colgado, enganchado de su dedo o mano en su afán de morderlos.

en el suelo, hacía por morder en el piso; la comida ni la había tocado. Coincidimos en que no había duda: estaba rabioso.

Fuimos entonces a buscar a los afectados, que éramos: mi suegro, mi suegra, tres cuñadas, Ramón "el correo" y yo: total siete.

El problema que se nos presentó era de pronóstico reservado. Menos mal que mis vecinos Simeón y Paco (ya fallecidos los dos) habían terminado su faena y pudieron subir juntos con la Nieves de El Val y mi mujer, Remedios, para hacerles la comida y ayudarlos, con lo que resolvieron el problema. A mi perro lo mataron allí mismo y lo enterraron; al macho le compramos un bozal de alambre que no se lo quitaban más que para comer; así estuvo en observación durante tres meses. Yo le corté la cabeza al perro rabioso y la envié, para su análisis, al Instituto Provincial de Higiene de Valencia. En cuanto a mí, representó el final de mi luna de miel... pero sin mujer.

El tratamiento a que fuimos sometidos las siete víctimas, fue largo y doloroso: nos pinchaban en la una y otra parte del vientre. Resultaba tan doloroso, que al tercer día ya salíamos agachados y sosteniéndonos la ropa para que ni siquiera nos tocara.

A los que les había mordido en las piernas, la cura les duraba veinte días; pero a mí, que me había mordido en la mano, me pusieron cinco días más de propina. Después, durante un año entero, no podíamos lavarnos con agua muy fría, ni bañarnos en agua fría. Además nos advirtieron que tuviéramos mucho cuidado con no mojarnos por lluvia, tronada, etc. Así que andábamos mirando siempre al cielo.

Afortunadamente no pasó nada a ninguno y yo, ya pasada mi luna de miel, pude volver sin más incidentes a casa.

Quisiera añadir una anécdota, que retrata muy bien nuestra situación en aquellos días tan lastimosos: Una de las veces que nos pusieron la inyección, Ramón salía rolladico (7) de dolor y sosteniéndose los pantalones. Me dio tanta pena que le pregunté:

-¿Qué ¿te han pinchado en el mismo lado?

A lo que me contestó, disgustado.

-¡Y por el mismo bujero!

Desde luego habrá lunas de miel largas; pero como la nuestra...

Bienvenido BLASCO ÁLVARO (Ademuz)

---

(7) arrollado; o sea, encogido a causa del dolor. Obsérvese el diminutivo afectuoso.